

Emergencias, transiciones y colapsos. Apuntes sobre filosofía política práctica y resiliencia¹

Emergencies, Transitions and Collapses: Notes on Practical Political Philosophy and Resilience

MARÍA JOSÉ GUERRA PALMERO

Universidad de La Laguna, España

mjguerra@ull.edu.es

ORCID: 0000-0003-4825-6139

Abstract. My aim in this tentative text is framing political philosophy in the planetary context of Anthropocene. I will explore the political meaning of three non-excluding scenarios (emergencies, transitions and collapse) in order to demand the adequate doses of realism and utopianism to survive as an eco-dependent humanity. The climate emergency implies the acceptance of resilience as a political objective from the starting point of our radical vulnerability. We need a practical political philosophy that makes room for hope.

Keywords: political philosophy, emergency, transitions, collapse, vulnerability, resilience, democracy, state.

Resumen. Mi objetivo en este tentativo texto es enmarcar la filosofía política en el contexto planetario del Antropoceno. Exploraré los significados políticos de tres escenarios no excluyentes como son las emergencias, las transiciones y los colapsos con el fin de demandar dosis adecuadas de realismo y utopismo para sobrevivir como humanidad ecodependiente. En el contexto de la emergencia climática debemos aceptar, siendo conscientes de nuestra radical vulnerabilidad, que la resiliencia sea un objetivo político. Necesitamos una filosofía política práctica que se esfuerce por no desalojar a la esperanza.

¹ Este artículo se inserta en el proyecto “Vulnerabilidad, precariedad y brechas sociales. ¿Hacia una redefinición de los derechos fundamentales?” (PID2020-114718RB-I00), Ministerio de Ciencia e Innovación del Gobierno de España.

Palabras clave: filosofía política, emergencia, transiciones, colapso, vulnerabilidad, resiliencia, democracia, estado.

¿Qué filosofía o teoría política y, de resultas, qué tipo de democracia y de gobiernos necesitamos para un mundo asolado por pandemias, guerras, crisis de refugiados, inflación desatada y, situado en las coordenadas de la emergencia climática como marco ineluctable? Nos enfrentamos a una cuestión que, acelerada por la pandemia, ha saltado a la esfera pública en narrativas apocalípticas y en clave de productos audiovisuales viralizados, pero que posee muy poca memoria acerca de que la actual superposición de crisis es una crónica del desastre anunciado. Una minoría, me temo, somos conscientes, desde hace mucho tiempo, de que asistimos a la pérdida progresiva de un mundo en el que determinadas coordenadas eco y biofísicas nos permitían cierta «habitabilidad», al menos a determinados sectores privilegiados a salvo de la necropolítica neoliberal. De hecho, *Los límites del crecimiento*, escrito por Dennis y Donella Meadows, es un libro que acaba de cumplir 50 años y ya anunciaba que se superarían todos los umbrales ecológicos si no se descarbonizaba la economía y, con ello, no se cortocircuitaban los escenarios colapsistas. La búsqueda de filosofías políticas que sean útiles a las situaciones de crisis encadenadas es una tarea en curso y, además, conlleva muchas tensiones y riesgos. Hemos entrado en el Antropoceno ya anunciado de alguna forma por Hans Jonas, cuando hablaba de que nuestra capacidad de acción se asemejaba a Prometeo desencadenado y que no éramos conscientes de las funestas consecuencias del despliegue nuclear, la manipulación genética o el daño ambiental en su obra de 1979². Corregía, de alguna manera, a Bloch y a su *Principio Esperanza* con su *Principio Responsabilidad* cuyo objetivo era, precisamente, el de evitar catástrofes en plena Guerra fría. La filosofía política de Hannah Arendt surgió de esa misma preocupación y nos plantea la preservación del mundo como tarea política práctica frente a la amenaza de los totalitarismos.

¿Qué filosofía política se requiere ante el escenario del despliegue de la emergencia climática y el de la disrupción tecnológica en un contexto de agotamiento de la democracia? ¿Qué filosofía política necesitamos para enfrentar el Antropoceno? Responderemos a esta cuestión en la conclusión haciendo una apuesta por la necesidad perentoria de dejar atrás la deriva neoliberal, pero también la populista, de la mano de volver a pensar lo esencial: la política es estar juntos para coordinar la acción, la política es

² En 1979 Hans Jonas publica *Das Prinzip Verantwortung- Versuchi einer Ethic für die Technologische Zivilisation*. La traducción al inglés se publicará en 1984, al español en 1995 y al italiano en 2002.

otro nombre para articular la cooperación humana y fundar la libertad, tal como lo vieron los antiguos y Hannah Arendt. Además, en el Antropoceno se debería moderar, por pura supervivencia, su agonismo fratricida. El marco del amigo/enemigo de la polarización omnipresente en la última década no resiste la prueba de tener que enfrentar emergencias, transiciones y posibles colapsos y, republicánicamente, parece sensato regresar a la *philia* necesaria entre la ciudadanía, llevando aquí el referente hasta lo planetario, para enfrentar los retos mayúsculos que conciernen a toda la humanidad. La filosofía se fundó en la ciudad, en Atenas, una *polis* que dependía de amplios terrenos cultivados y de colonias allende los mares, hoy la ciudad de la política es el planeta Tierra, nuestro *oikos*, y sus bioregiones assoladas por hecatombes ecológicas. Sin este encuadre relativo a lo común, que tiene como referencia pionera a la economista y premio Nobel Elinor Ostrom, será muy difícil pensar las tareas de la política, que deben atender a la vulnerabilidad, a la justicia y a la democracia, pensada esta última, también, como administración responsable y participada al servicio de las necesidades humanas. La resiliencia, un término en el que vamos a recalar, se introduce en nuestro vocabulario político como objetivo frente a las emergencias que ya están aquí.

En la era de la intoxicación neoliberal, se ha soterrado toda la tradición cooperativista de las izquierdas que rescata Richard Sennet en su libro *Juntos. Rituales, placeres y política de la cooperación*. Hoy en día, autoras y activistas como la turca Ece Temelkuran o la estadounidense Rebecca Solnit nos replican, con vocabularios y códigos distintos, la misma idea, aunque radicalizada: ante las emergencias, el abandono o la persecución política nos queda la restitución del actuar juntos y de la cooperación en contra de las fuerzas que voy a llamar necropolíticas y que se han consolidado como neofascismos en la última década en tantos países del mundo. Si hay esperanza la sustenta la fe en la gente y su capacidad de resistir y construir alternativas frente a los poderes corporativos y políticos regresivos y violentos. No dejo de notar la paradoja de que la invocación de la fe y la esperanza nos escora del lado de la teología, pero esa deriva se ha diseccionado ya y, sumando la caridad, nos revela algo esencial de la naturaleza humana: sin los otros y otras y sin el cuidado del *oikos* que sostiene la *polis* sólo habrá una sucesión gradual de apocalipsis. Frente a los nuevos comienzos, a la natalidad que funda la acción, a decir de Arendt, la constelación actual nos enfrenta a la responsabilidad de frenar el impulso ecocida y genocida de la maquinaria capitalista industrial e imponer el sentido nada común de la necesidad de sociedades resilientes frente a la imposibilidad de sostener, indefinidamente, el crecimiento económico en un planeta finito y dañado.

La fe en la gente, que propone Ece Temelkuran como la base de la esperanza es visible ante las emergencias y los desastres, cuestión que

detallará Rebecca Solnit³, al estudiar, entre otros, el caso sangrante del huracán Katrina. Nos hablan hasta de alegría en el cooperar, desarrollando resistencias, incluso, en el fragor de la destrucción de las guerras. Desactivar el poder corporativo que ha cooptado la política en la era de la globalización, de forma absolutamente escandalosa en los Estados Unidos, pero también en Europa, y frenar los autoritarismos que se han hecho fuertes en superpotencias como China y Rusia, no olvidándonos de otros países como Turquía, la India o hasta hace poco Brasil, no parece fácil, pero los campos de acción de la política son muchos. Volver a lo esencial requiere escuchar a Hannah Arendt, y a su concepción ontológica de la política como acción y, a la ya aludida Elinor Ostrom que nos desveló cómo el acaparamiento, que ha estudiado en los últimos años Saskia Sassen⁴ al hilo de su análisis de la globalización, significa, a la postre, destrucción y aniquilamiento de las bases que sostienen la vida. La acción política tiene que atender a la salvaguarda y custodia de los bienes comunes. Salvar la democracia en este contexto extremo se asimila a la tarea urgente de salvarnos a nosotros mismos como comunidad humana, tanto en lo local, como en lo estatal-nacional y en lo global. Volvemos a rondar lo teológico: la salvación es un objetivo obvio para toda filosofía política que pretenda tener futuro.

De un lado, se nos dice que se requieren filosofías modestas y realistas, con gran énfasis en lo local, en el municipalismo, en la gestión de las transiciones ecosociales (no sólo la energética sino la alimentaria, la de la movilidad o la de los cuidados) que redefinan la prosperidad y el bienestar fuera del marco embrutecedor del neoliberalismo triunfante y de sus defensores acérrimos: los tecno-optimistas y los transhumanistas. Ambas tribus, básicamente negacionistas, y que se sitúan en el *long term* de las futuras «singularidades» tecnológicas para no ser cuestionadas, no reniegan de Prometeo desencadenado y confían todo al logro de la energía limpia milagrosa que sirva para que la estructura de poder siga como hasta ahora o incluso más, extendida a la realidad virtual o a los viajes a Marte. El acaparamiento de la riqueza, en este planeta extremadamente frágil, y su gran facilidad para poner a los gobiernos a su servicio es el peligro político número uno que enfrentamos en una transición digital fuera de control cuyo último episodio es el estrellato de los chats conversacionales con una Inteligencia Artificial. Plagio de alta tecnología lo ha llamado Chomsky⁵. No hay que olvidar que la esfera pública, base de toda demo-

³ Nos referimos a las siguientes obras: Temelkuran, *Juntos*; de Solnit, *Esperanza en la oscuridad*; *Un paraíso en el infierno*.

⁴ Sassen, *Una sociología de la globalización*. Sassen también explica los fenómenos de acaparamiento en *Expulsiones. Brutalidad y complejidad en la economía global*.

⁵ <https://www.sinpermiso.info/textos/la-falsa-promesa-de-chatgpt> (Acceso 5 de septiembre de 2023)

cracia, ha sido privatizada y colonizada por Twitter, ahora X, una corporación digital, y ella misma fagocitada por uno de los personajes más turbios del momento, Elon Musk. Las lógicas del fascismo no sólo han emergido en los hombres fuertes, y en algunas mujeres, como Meloni, en la política habitual con sus populismos xenófobos y negacionistas del cambio climático, sino que colonizan el mundo corporativo, y dejan en franca minoría a las fuerzas progresistas, aún muy confusas tras las múltiples conmociones vividas, en las acosadas democracias actuales⁶. Hoy el progresismo en Europa es “conservador”: salvaguardar las pensiones, la sanidad y la educación públicas y la justicia fiscal, resulta agotador ante la embestida del poder corporativo y de sus valedores políticos. Salvaguardar las herencias teóricas de autores como Rawls y Habermas, centradas en la justicia social y la democracia, es parte de una agenda que es difícilmente comprendida frente a la parasitación del malestar económico, la precariedad, y el atasco del ascensor social, por parte de una ultraderecha neoliberal con una retórica antisistema. Para recuperar la iniciativa, las izquierdas, debe afrontar el reto más difícil: pensar el futuro y sus inciertas mediaciones. A esta tarea quiere contribuir el planteamiento de este artículo.

En suma, la gran bendición de los combustibles fósiles que alentó varias revoluciones industriales y fue paralela a los avatares políticos de la modernidad, se ha trocado en maldición⁷ y nos enfrenta a una conjunción de escasez energética y emergencia climática que pone contra las cuerdas al mismo capitalismo en su versión 4.0 de tecno-globalización neoliberal. Ni siquiera podemos estar ya seguros del patrón estable de las estaciones, y con ello, la agricultura mundial, por otra parte, dependiente del petróleo, entra en un estado de alarmantes riesgos. Hoy, agudizada la situación por la guerra de Ucrania y la ocupación de Gaza, y por la aceleración de las respuestas a la pandemia de Covid-19 en un contexto de crisis económica endémica, empezamos a vivir conflictos locales y globales en torno a cómo gobernar las transiciones. Los que no quieren apearse de su condición de vencedores tienen el objetivo de atrincherarse en sus privilegios, pero tarde o temprano, su victoria será pírrica porque el Titanic, si no frena, se irá a pique.

⁶ Básicamente todas las ultraderechas son negacionistas de la emergencia climática y están al servicio de los lobbies fosilistas. Un apunte importante lo proporciona Andreas Malm en este texto donde se dan pistas incluso de lo que sería un fascismo fósil, término acuñado por el Colectivo Zetkin: <https://vientosur.info/andreas-malm/>

⁷ Un libro instructivo para profundizar en esta cuestión es *Capital fósil. El auge del vapor y las raíces del calentamiento global* de Andres Malm, cuya edición española está en la editorial Capitán Swing. Su segunda edición es de 2020. Otro libro recientemente traducido al español es Jason W. Moore, *El capitalismo en la trama de la vida. Ecología y acumulación de capital*, Traficantes de Sueños, Madrid 2020.

La transición ecosocial ha sido tema menor para los teóricos políticos de los últimos tiempos, a excepción de algunas autoras y autores marginados que son quienes tomaban el pulso a los movimientos sociales desde los años setenta. Voy a citar a André Gorz y a Vandana Shiva como ejemplos del desprecio de la academia a la cuestión central de nuestro tiempo⁸. Jorge Riechmann, que ha centrado su obra en esta cuestión, habla de *El siglo de la Gran Prueba* (Baile del Sol, 2019). A lo anterior hay que sumar las reconversiones salvajes en el mundo del trabajo que han sumido a las jóvenes generaciones en el limbo de la precariedad y que han fustigado la confianza en la meritocracia como una de las consecuencias de la agresión neoliberal al contrato social keynesiano-rawlsiano. De hecho, cuando empezamos a tomar conciencia de lo que ha significado la flexibilización laboral y su correlato de precariedad, nos vemos ya engullidos por cambios estructurales en el que la empresa neoliberal empieza a descomponerse y a mutar de nuevo, a día de hoy, en forma de plataformas que enmascaran la explotación y la especulación, o incluso con unas escandalosas cifras de despidos en los sectores supuestamente pujantes de las tecnológicas. El trabajo tendrá que ser repensado radicalmente en el futuro⁹.

Como colectivo de intelectuales occidentales, si en sentido técnico se nos puede denominar así, hemos sido malos antepasados (Krznaric, 2022). Ni el biorregionalismo democrático, en el que los límites ecológicos deben ser incorporados en la política y se opta por las ecorregiones, ni la democracia económica han sido temas centrales. Mucho menos aún, la ecología política que ha denunciado las dinámicas genocidas y ecocidas del extractivismo que ha empujado a la miseria a comunidades indígenas y campesinas en gran parte del mundo. De hecho, vivimos esa tragedia necropolítica en nuestras fronteras europeas sur y este y, prácticamente, cada semana contamos los cadáveres de inmigrantes que el mar (el Mediterráneo o el Atlántico) se lleva como tributo a la securitización de la Fortaleza Europa. Somos conscientes de que una filosofía política *práctica* tiene ante sí, a día de hoy y urgentemente, retos enormes. Hay que rectificar el rumbo.

⁸ André Gorz fue uno de los autores pioneros de la llamada Ecología Política discutiendo desde la década de los setenta del siglo pasado asuntos como el fin del empleo y el reparto del trabajo. Uno de sus últimos textos fue escrito en el contexto de la crisis financiera de 2008 sobre las alternativas democráticas o autoritarias a la salida del capitalismo. La traducción española se puede leer aquí <https://ecorev.org/spip.php?article640> Vandana Shiva es una prolífica autora india ecofeminista que plantea la necesidad de una democracia de la Tierra y crítica acérrima de las corporaciones multinacionales desde el altermundialismo. Una de sus últimas intervenciones relativas al tema de este artículo es la siguiente: <https://www.pressenza.com/es/2023/03/vandana-shiva-mas-alla-del-colapso-hay-una-huerta/>

⁹ Un tratamiento reciente de este tema lo pueden encontrar en Cuppini, Frapporti, Mezzadra y Pirone, “Il capitalismo nel tempo delle piattaforme.”

El mecanicismo racionalista de la modernidad, y su desencantamiento de la naturaleza, es cómplice de esta desorientación catastrófica¹⁰. Igual que a la economía ortodoxa se la crítica por reducir a externalidades los costes ecológicos, se podría objetar a la teoría política reciente que es casi por completo ajena al contexto ecosocial, absolutamente necesario para entender qué tipo de gobierno y de democracia necesitamos para no sólo sobrevivir, sino para no vernos obligados a tirar al basurero de la historia los derechos humanos. Otra pregunta de largo alcance es la de cómo tenemos que refundar unas instituciones que se sostienen en supuestos cancelados históricamente, el viejo contrato social, y que mutan bajo presiones neoliberales asumiendo gerencialismos opresivos y exigencias meritocráticas deslegitimadas. Un viejo maestro de la filosofía política y del derecho como Ferrajoli ha sido sensible a la demanda de nuestro tiempo con su propuesta de un constitucionalismo de la Tierra y, políticamente, hemos asistido al convulso proceso hacia una nueva constitución en Chile que abordaba la cuestión de los derechos de la naturaleza, siguiendo la estela de otras constituciones como la de Bolivia y Ecuador radicalizándola. En España se ha dotado de derechos subjetivos al Mar Menor, en la región de Murcia, un ecosistema arrasado por la actividad humana, en una iniciativa jurídica osada.

A continuación, voy a perseguir las implicaciones de los tres términos que preciso en el título para estimar si cabe una filosofía política vertebrada sobre la responsabilidad de no cancelar toda esperanza. Emergencias, transiciones y colapsos son términos que nos ponen contra las cuerdas y nos exigen nuevas respuestas. De hecho, como trampolín filosófico podemos consignar una suerte de vuelco de las cuestiones kantianas. Lo explico: sabemos lo que nos cabe esperar si no somos capaces de responder a las emergencias y de iniciar transiciones, guiadas democráticamente, que acepten como ideas regulativas las de mitigación, adaptación y resiliencia. Deberíamos, además, afrontar la tarea sin abandonar estándares de igualdad y justicia y habilitando eficaces políticas de compensación para los más vulnerables. Podemos saber bastante acerca de las dinámicas ecológicas ya lanzadas al futuro, la ciencia del IPCC es la mejor ciencia disponible. No obstante, la economía ortodoxa se resiste al cambio paradigmático y las ciencias sociales críticas plantean muchas dudas sobre la disposición al cambio de mentalidad y de hábitos cotidianos¹¹. El renunciar a los «sueños americanos» que exige una reedición de la austeridad, al mínima-

¹⁰ Recomendamos para entender esta conjunción la obra pionera de Merchant, *La muerte de la naturaleza*. La obra se publicó en inglés en 1980.

¹¹ Los informes de IPCC son referencia ineludible. Se puede consultar el último aquí: <https://www.ipcc.ch/report/ar6/syr/>

lismo, nos señalan la importancia de las referencias simbólicas como los imaginarios, los relatos y los rituales de la nueva política que necesitamos. Reducir nuestros consumos irresponsables debe tener la contrapartida de liberar el tiempo para la vida y dejar atrás las esclavitudes laborales. La pregunta kantiana que queda en el alero es, finalmente, la de qué debemos hacer para, salvaguardando los procedimientos de la democracia, abordar la cooperación que nos exigen los tiempos del Antropoceno. Se nos exigen cambios drásticos como aceptar el decrecimiento como opción antes de colapsar, generar subjetividades conscientes de su interdependencia y eco-dependencia y alentar prácticas sociales responsabilizadas por los bienes comunes: por el agua, el aire, la energía, el alimento, la vivienda, los cuidados, pero, también, por la infraestructura digital en la que ya pasamos gran parte de nuestra vida. En lo que sigue voy a intentar clarificar qué se puede esperar de la filosofía política en este contexto, intentando esquivar el adanismo, pero, también, aceptando que los contratos sociales que sostenían la política moderna han caducado y que necesitamos nuevos compromisos con las generaciones futuras, la naturaleza y el tiempo por venir.

Emergencias y desastres. La esperanza está en la gente

Nuestra manera de vivir y de convivir políticamente parece haberse resquebrajado ante la irrupción no de meras crisis superpuestas, sino de auténticas emergencias. Hemos transitado, en lo local y en lo global, desde el barrio o el pueblo hasta el planeta, a una era marcada por las alarmas y las alertas, por las urgencias, en suma, por las emergencias. Quizás esta percepción es etnocéntrica y occidentalista porque en el pasado los desastres, que nunca han sido sólo naturales, ocurrían más a menudo en otras latitudes no europeas alimentando la superioridad moral y la soberbia de un continente que cooperaba al desarrollo y enviaba ayuda en forma de alimentos, medicinas y equipamientos al llamado Tercer Mundo. Hoy, como ya hemos advertido, nadie está a salvo. Ni siquiera la primera clase del Titanic, aunque siga bailando al ritmo del negacionismo y el tecno-optimismo. No obstante, podemos constatar, en primer lugar, que diagnósticos como el de Ulrich Beck respecto a las sociedades del riesgo se ha intensificado y redoblado. Hasta la amenaza, que habíamos relativizado, de la destrucción nuclear ha tomado altura con la guerra de Ucrania. Y a los miedos de la vieja Guerra Fría ya le sumamos los de las nuevas guerras en las coordenadas de la escasez energética y el cambio climático. Todo este oscuro panorama opera sobre las desigualdades y asimetrías -neocoloniales, de clase, de raza y de sexo-género -, que el neoliberalismo no ha hecho más que acrecentar. Ya no sólo sabemos que la calamidad,

más que la catástrofe, será inevitable, sino que varias tipologías de desastres ocasionados por la ceguera humana, ante las consecuencias funestas de su llamado “desarrollo” – un curioso subproducto del progreso –, están ya aquí y que tenemos que generar en tiempo récord, porque estamos, literalmente, con el agua al cuello, modalidades de afrontamiento eficaces para poder no sólo sobrevivir como sociedades decentes y civilizadas, sino incluso como especie que habita la Tierra.

Sin embargo, y también oscurecidos, los análisis de los desastres y de la respuesta de la gente sí ofrecen una “esperanza en la oscuridad” tal como la denomina Rebeca Solnit o una fe en las capacidades de la gente enfrentadas a guerras, represiones y desastres naturales como relata, también, la periodista turca exiliada Ece Temelkuran en los libros ya citados¹². En esta cuestión, los habitantes de los países no europeos llevan por delante una sabiduría incorporada una vez que han comprobado miles de veces que los gobiernos reaccionan tarde y mal. El ejemplo de la desastrosa reacción al huracán Katrina en 2005 por parte de las administraciones estadounidenses en tiempos de Bush hijo, fue uno de los puntos de inflexión para observar cómo el país más rico del mundo, que estaba ocupando y atacando territorios lejanos con alta tecnología militar, no fue capaz de gestionar mínimamente la inundación de la ciudad de Nueva Orleans y la escasez sobrevenida, y cómo los héroes y las heroínas locales organizaron la supervivencia sin supervisión alguna, volviendo a ser lo que, evolutivamente somos, comunidades pequeñas que trabajan juntas bajo la presión de la supervivencia. Lo más reseñable del trágico asunto es ver el despliegue de capacidades humanas, de solidaridad y, aún de alegría, al cooperar y estar juntos afrontando la adversidad.

Espero – puede que con ingenuidad – que, a estas alturas, y tras la pandemia de Covid-19, a nadie le parezca exagerada la caracterización de las sociedades de las emergencias. Ya sé que los negacionistas no lo compartirán porque de su negación esperan que se derive el mantenimiento de su confort y de sus privilegios. A ellos se suman los que se han dado en llamar los retardistas, que, increíblemente y en contra de lo que señalan los datos, dicen que tenemos aún tiempo para afrontar las necesarias transiciones económicas, sociales y políticas para diseñar y poner en marcha sociedades resilientes. Con los datos del IPCC en la mano tendríamos que haber movilizadado a la sociedad hace dos décadas para iniciar cambios radicales, pero tanto las élites como las grandes mayorías, y a pesar de la Gran Recesión de 2008, han preferido pensar que el rumbo globalizador neoliberal podía reestablecerse sin sobresaltos, generando pingües beneficios para las élites y empobreciendo a las clases medias, hasta que un virus

¹² Véase nota 3.

de origen zoonótico obligó a parar, a ralentizar una maquinaria, que ahora incluso, en la incierta postpandemia, parece “recalentada”, y afectada por numerosas disfunciones. El resquebrajamiento de la globalización que supone la guerra de Ucrania tiene importantes consecuencias económicas, como una inflación galopante, y geopolíticas, como realineamientos insospechados como en el caso de la India.

En paralelo, la resolución última de la crisis financiera de 2008 condujo al triunfo de los populismos de derecha en los Estados Unidos y en el Reino Unido, de la mano de Trump y del Brexit, y se unieron a visiones cercanas a las del nacionalismo imperialista de Putin países tan distintos como Brasil con Bolsonaro o la India con Modi, por no hablar de su instalación en países como Polonia y Hungría y, recientemente, la misma Italia, con Giorgia Meloni. Esta reacción de vuelta nostálgica a un pasado imperial ficcionado, que refuerza el particularismo del nosotros frente al ellos, fragmenta la referencia ética del universalismo moral y hace retroceder el marco de derechos humanos y de las libertades políticas. El malestar social se ha capitalizado por parte de una agenda nacionalista excluyente que, frente al duelo por el mundo perdido que todos tenemos que afrontar, se instala en la fase de negación y cortacircuítada toda posibilidad de esperanza, en especial para las generaciones jóvenes. La bandera de la Agenda 2030, la sucesión de COPs, cada vez más incapaces de respetar los acuerdos de París sobre el clima, y el agotamiento de los movimientos sociales que sostuvieron la idea de justicia global al empezar el siglo, pero, también, de los que protagonizaron las primaveras árabes o las movilizaciones de los indignados, como el 15-M u *Occupy Wall Street*, en un contexto de choque pandémico y bélico, no parecen oponer un freno suficiente al auge ultraderechista, aunque éste, sobre el terreno, vaya mostrando inconsistencias y fracasos notorios. Algunos baluartes liberales y socialdemócratas aguantan el chaparrón, pero están faltos de claridad y de rumbo por no aceptar el marco ecosocial. No han incorporado el deber de anticipar que nos exigía ya Hans Jonas y a lo que asistimos es a ir poniendo parches y respondiendo de manera errática a los desafíos presentes.

De un lado, la esperanza se escuda en movimientos como *Extinction Rebellion*, que aúna a adolescentes y jóvenes con los científicos que pasan a la desobediencia civil ante la inacción de los gobiernos frente a la lenta descarbonización. Acusan decididamente el cinismo de las élites económicas y políticas incapaces de cuestionar el poder corporativo que está retrasando toda medida. Y son conscientes de que hay que rediseñar las instituciones y nuestros modos de vivir para intentar evitar el apocalipsis climático que supone ir más allá de 1,5 o 2 grados de calentamiento global. Adaptación, mitigación y resiliencia son las palabras para vivir con el cambio climático. No he encontrado mejor expresión de estos impera-

tivos que lo propuesto en un documental de 2015, titulado *Mañana*, por parte de Cyril Dion, en el que se inventariaban experiencias concretas con vistas a la sostenibilidad, la resiliencia y la regeneración democrática. En muchos lugares de la Tierra, la gente se organiza sumando conocimientos tradicionales a los nuevos saberes ecológicos, como, por ejemplo, los de la agroecología y la permacultura, diseminados por Vía Campesina y, de los que es voz potente la misma Vandana Shiva. Rebeca Solnit habla de la oscuridad en la que operan movimientos sociales que, ante determinados detonantes, se reactivan y operan con nuevas narrativas que alimentan nuevas luchas. En Europa se empieza a ser consciente de la necesidad de defender de los ataques privatizadores tanto a los sistemas nacionales de salud y educación como a las políticas sociales, y, asimismo, oponerse al desmantelamiento de los sistemas de pensiones. Su objetivo sería conservar lo más valioso del pacto social caducado que el neoliberalismo ha estado socavando con sus privatizaciones y desregulaciones. Pero hay que ir mucho más allá.

Si hay esperanza, está en el poder de la gente que forzará a la política, vetusta y agotada, desacreditada y corrompida, a dar respuesta a las demandas urgentes. El peligro del fascismo como salida ya no es una quimera para las élites corporativas, sino que sus *think tanks* llevan, bajo eufemismos, trazando el plan para no perder el control. Un asunto importante es ser conscientes de las escalas y niveles de organización política porque lo local, lo municipal y lo comunitario, redefinido desde la guardia y custodia de los bienes comunes amenazados, es hoy un eje fundamental para articular las transiciones de las que hablaremos más tarde. Pero, también, medidas nacionales para preservar los “recursos naturales” que son la presa codiciada de las multinacionales. La nacionalización del litio en México abre ese capítulo.

En un estado de alarma hemos vivido todos en el planeta. La afectación ha sido de tal magnitud que ha cruzado fronteras y señalado que la economía global es un gigante con pies de barro que se puede venir abajo por unos coágulos en sus cadenas de suministro. Asimismo, ha tenido el efecto de hacernos absolutamente dependientes de una infraestructura digital que está revolucionando la misma economía y el ámbito del trabajo en diferentes sectores, del que el educativo no es el menos importante. La carrera de los fondos de inversión por acaparar tierras agrícolas, propiedades inmobiliarias, activos mineros, y su vinculación con la *Big Tech* nos señala un trasfondo opaco y no regulado que está saltando en ese locus de tensiones que son las ciudades globales, pero, también, en muchas zonas turísticas. Un asunto tan crucial como el desmantelamiento del derecho a la vivienda, al que se oponen sindicatos de arrendatarios y plataformas de afectados por las hipotecas y el alquiler, se asemeja a una segunda ola

de la crisis de desahucios de 2008 y se suma a una inflación desatada. El desplome de las clases medias y, en especial, la falta de oportunidades para los *postmillennials* es una crisis cotidiana y aguda. Podemos hablar de emergencia habitacional, sumada a pobreza energética o alimentaria, y, en suma, a una emergencia social en curso que toca no sólo a excluidos sociales sino a trabajadores pobres. Las nuevas esclavitudes laborales (especialmente visibles han sido las *kellys* y los *riders*) son señaladas por las nuevas generaciones y se desafía el mecanismo de anonimato de plataformas digitales que son los nuevos “negreros” del siglo XXI como avanzábamos antes. Por otra parte, la *époje* del confinamiento nos hizo reflexionar sobre los trabajos esenciales y los trabajos superfluos en situación de emergencia. Dotar de dignidad a la subclase trabajadora sometida a las nuevas esclavitudes es una exigencia robusta que no debemos olvidar.

Aire, agua, alimento, abrigo y afecto eran las palabras que empezaban por la letra A que el personaje de un médico salubrista, en una novela del colombiano Héctor Abad Faciolince, titulada *El olvido que seremos*, traía a colación como la infraestructura básica de la vida al enfrentar las carencias de las comunas de Medellín. Las cinco A que emergen como imprescindibles en las emergencias. Si la democracia no es un lujo tendrá que fajarse con escenarios de dureza y necesidad inusitada. En suma, desde marzo de 2020 con la emergencia sanitaria local, nacional y global ocasionada por la pandemia de Covid-19 tuvimos que hacernos cargo de una sacudida brutal que nos inclinaba a la distopía. No hemos salido de ésta “mejores”, aunque, efectivamente, hubo destellos de cooperación y solidaridad que nos conmovieron. No obstante, el shock provocado por este acontecimiento planetario debido a la agencia de un virus no debe hacernos olvidar que ya vivíamos, y seguimos viviendo, en sociedades de las emergencias.

Cuando llego a este punto veo que repetimos el tópico de Hölderlin, en el peligro mora la oportunidad. No obstante, no contamos con más fuerza que con el poder de la gente. Frente a otros cambios en la historia como nuestra fundacional Ilustración y sus revoluciones no contamos prácticamente con sectores de las élites que vayan más allá de un descafeinado y cínico filantropocapitalismo. La gran mayoría vive atrincherada en sus espectaculares circuitos de lujo, acumulando graciosamente ganancias, a modo de señores tecnofeudales, y no van a renunciar a nada si no se le fuerza con gobiernos democráticos fuertes que los hagan tributar y que regulen socialmente sus actividades especulativas desactivando monopolios y oligopolios. Esto fue puesto de manifiesto por ATTAC, y su demanda de justicia financiera, hace décadas. Debemos repasar la historia reciente para ver, e inventariar, las ideas que pueden iluminar el camino oscuro de la esperanza.

Transiciones y colapsos. Vivir al límite

La pregunta kantiana del qué debemos hacer, si la volvemos radicalmente política, nos obliga a enfrentar lo que nunca hubiéramos deseado tener que vivir. Es verdad que toda nuestra prosperidad anterior está basada en enormes errores epistemológicos y ontológicos que chocan con una comprensión vinculada, interdependiente y ecodependiente de la naturaleza humana. La entronización moderna de la individualidad no sólo enterró al ser social aristotélico, consciente de sus vínculos, sino a toda la tradición articulada en torno a las comunidades. El capitalismo cercenó el arraigo al lugar y creó un medio ambiente artificial, en el que desconectamos de los ciclos de la naturaleza, y una riqueza asimétrica hizo que olvidáramos el cordón umbilical que es lo único que sostiene el metabolismo humanidad-naturaleza. El contrato social moderno, hobbesiano, lockeano o, más tarde, keynesiano-rawlsiano sólo presta contenido a la naturaleza como humus original, connotado de barbarie e injusticia, del que hay que emerger para lograr civilidad, seguridad, prosperidad y justicia. Es el útero que hay que abandonar para iniciar el camino hacia la autonomía individual y colectiva como democracia. Dejar atrás el estado de naturaleza era perentorio. Uso la metáfora materna porque lo que operó la modernidad fue una suerte de matricidio. La misma dominación redoblada de las mujeres, y que tiene el episodio fundacional en el holocausto de las llamadas brujas, como su acontecimiento extremo, así como la negativa, hasta el siglo XX de prestar derechos civiles y políticos a las mujeres habla de esta desconexión, habla de esta negación porque el cuerpo femenino no logra verse como emancipado de las servidumbres de la naturaleza¹³. En esta intelección se basa gran parte del ecofeminismo que en las últimas épocas, desde la filosofía de la ciencia hasta la ética y la filosofía política, ha señalado el paralelismo de la conexión mujer-naturaleza y su funcionamiento simbólico en las retóricas de la modernización y el progreso. Hay, pues, que recapacitar y volver a enfrentar el momento fundacional de la modernidad, con todo su orgullo prometeico, para rectificar el error, para desde-cirnos de la gran mentira: la de la omnipotencia humana que no conoce límites. Una filosofía política capaz de resguardar los logros ético-políticos de la modernidad, derechos humanos y democracia, pero, también, de enfrentar la llamada transición ecosocial, que es el nombre que le estamos dando al hecho de reconocer nuestra ecodependencia constitutiva y de diseñar alternativas para generar futuros vivibles, que alejen el apocalipsis,

¹³ Entre otras las obras de Vandana Shiva o de Silvia Federici explican la dominación de las mujeres en paralelo a la de la naturaleza. De esta última autora es *Caliban y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*.

está por nacer. La perspectiva ecosocial, con toda su complejidad, es obligatoria si queremos salir de la negación y del duelo y darnos alguna oportunidad con la pregunta kantiana del ¿qué debemos hacer?

Transición es pasar de un estado, situación o configuración a otro. Cuando le ponemos el adjetivo de política a los españoles se nos viene encima la referencia a la llamada transición de la dictadura franquista a la democracia y toda la deriva que llevó del enaltecimiento como modelo a imitar por otros países, con esa mancha del intento de golpe de Estado del 23 de febrero de 1981, a una crítica despiadada por parte de las jóvenes generaciones post-crisis del 2008 por no sólo entregarse al neoliberalismo más salvaje, de la mano de una Europa despiadada que consolidó la precarización del trabajo y de la vida, sino por no haber eliminado las trazas franquistas en los distintos aparatos del Estado, con especial relevancia en el sistema judicial. De un régimen dictatorial a otro constitucional sin eliminar los vestigios malignos del anterior que, por ejemplo, se perpetúan en una corrupción endémica y sistémica. El caso es que, en el lenguaje actual de la esfera pública, sometida a control corporativo y a la fragmentación de las cámaras de eco, la transición como término se revela como una respuesta a las emergencias, climática y energética, y, por lo tanto, como una necesidad, pero, asimismo, como un proyecto de futuro que podría calmar la ecoansiedad y contravenir las tendencias distópicas.

Es curioso, y derivado del emborronamiento entre conservadores y progresistas ya aludido, que los gobiernos que incorporan la transición ecosocial, que en su versión mínima es sólo la energética y está, de facto, dirigida por el poder corporativo, pasan a ser identificados como el *establishment* frente a la transgresión “gamberra” de la ultraderecha. Se me pasa por la cabeza Berlusconi como origen de toda una deriva cultural que se ríe del consenso razonable sobre cómo reemplazar la infraestructura básica insostenible de nuestras sociedades, que es disfuncional, si queremos alcanzar un futuro vivible, y, además, no aceptar un mero fascismo como horizonte necropolítico inevitable.

Vamos viendo que lo que tenemos ante los ojos dista mucho de ser tranquilizador. La supuesta neutralidad de la palabra transición se desvanece como producto meramente racional. En primer lugar, porque la inercia del sistema capitalista y su compulsión al crecimiento, al incremento del PIB, no deja que se instale en el sentido común la necesidad de decrecimiento – no parecen haber tenido éxito las llamadas a la *slow life*, aunque lo mismo me estoy equivocando para el futuro –. Si aplicamos criterios de justicia global a este asunto lo que resulta es que los países enriquecidos deben frenar, sobre todo sus emisiones de CO₂, con el fin de descarbonizar la economía, y los países de lo que llamamos el Sur global, lograr cotas aceptables de desarrollo humano, optando eso sí por energías

limpias y por modelos económicos circulares y sostenibles. La justicia climática es, básicamente, una cuestión de derechos humanos y para hacerla tangible la cooperación internacional tendría que pasar de su vergonzante asistencialismo, o de su velado neoimperialismo, a un esquema de garantías de igualdad de derechos. En este sentido, iniciativas como la del constitucionalismo global de Luigi Ferrajoli, deberían, a modo de ideal regulativo, jugar un importante papel en el diseño institucional de la política internacional con el fin de desterrar las guerras y sus peligros nucleares. El marco de la soberanía estatal hace tiempo que está sobrepasado ante las demandas de justicia, Fraser nos lo explicó al final de la primera década del siglo¹⁴, y para no quedar totalmente a merced del poder corporativo se requieren instituciones fuertes y capaces de garantizar derechos humanos. En las décadas pasadas las teorías de la justicia global, más allá del marco estatal-nacional rawlsiano, han expandido los principios de compensación de desigualdades a toda la comunidad humana y han propuesto mecanismos fiscales que avanzarían en equidad. En el ámbito del activismo destaco, de nuevo, a ATTAC y a su propuesta de justicia financiera global, de la mano de la olvidada Tasa Tobin. Autores como Pogge, Young o Fraser, entre otros, han trabajado en el marco de las escalas y desafíos de la justicia mundializada yendo más allá de sus puntos de partida teóricos en Rawls, Habermas o en el pragmatismo americano. Asimismo, las propuestas en torno al desarrollo humano, en contienda con el PIB, y los informes correspondientes al PNUD, animados en la fundamentación teórica por Amartya Sen y Martha Nussbaum y sus teorías de las capacidades, han ido pergeñando un programa de mínimos que sería funcional a la transición ecosocial y que reconocemos como Agenda 2030. Estas visiones ven a la imperfecta ONU y a sus agencias – FAO, OMS, UNESCO – como embriones de una gobernanza mundial, un tema abordado desde las teorías de la democracia global, para enfrentar los retos mundiales que nos aquejan (crisis alimentarias, pandemias, la lucha contra el analfabetismo). De hecho, a pesar de sus carencias, el papel coordinador de la OMS en la gestión de la pandemia de Covid-19 ha sido decisiva. No obstante, la urgencia de la emergencia climática y de la escasez energética está propiciando un vuelco de la centralidad del desarrollo, que no logra despojarse de la matriz del progreso, a la idea, realista, dura y necesaria de resiliencia. Nadie duda de su carácter realmente antipático, pero la necesitamos para contrarrestar nuestra radical vulnerabilidad.

Una propiedad física, el resorte vuelve a su estado inicial tras sufrir una presión, una capacidad psicológica, la de remontar un trauma, una característica de ecosistemas que sufren catástrofes y que logran recupe-

¹⁴ Fraser, *Escalas de justicia*.

rarse, o una característica de comunidades humanas que enfrentan adversidades y que logran lidiar con ellas. La deriva semántica de la resiliencia asombra y es un campo de tensiones. Las empresas, por ejemplo, desean trabajadores resilientes que soporten condiciones neoesclavistas, y lo consiguen con los *riders*, las *kellys*, y otros colectivos que ahora sabemos, tras la emergencia sanitaria, que desempeñan trabajos esenciales. Estamos en sus inicios, pero el término que parece ser exigido por la transición ecosocial, va a ser terreno de una encarnizada lucha. La resiliencia sería el objetivo a lograr de la transición ecosocial e incluso, el fundamento y la garantía de repensar una prosperidad postcapitalista. Nada más y nada menos.

He encontrado en dos libros recientes en las que esta noción, la de resiliencia, es central y que nos ayudan a una primera cartografía del territorio. De un lado, Jeremy Rifkin desautoriza la ciencia económica por no haber incorporado la física del siglo XX, en concreto, la termodinámica. Es imposible crecer indefinidamente en un planeta no sólo finito sino frágil. La eficiencia tiene que dejar paso a la resiliencia ecosocial y las infraestructuras básicas de la vida, lo que serían los bienes comunes, tienen que ser circunscritas al marco de biorregionalismo democrático. Si la filosofía y la teoría política contemporánea han dado mayor atención a lo global, Rifkin baja al territorio y propone que las demarcaciones políticas sean ecorregiones porque la principal tarea será la de gestionar responsablemente el agua, los alimentos, la energía, pero, también, la infraestructura digital, las autopistas de la información. Frente al desprecio de la necesidad en nombre de la libertad que hemos heredado de los griegos y que ha seducido a todos los procesos de modernización, tenemos que aceptar que la política, primero, tiene una base material que gestionar para lograr, en un contexto de emergencias, la resiliencia. Frente a lo que está ocurriendo con la transición a las energías renovables, hoy dirigida por el poder corporativo y obsesionada con las grandes instalaciones de parques solares y eólicos que ya están creando conflictos en el ámbito rural, la opción es descentralizar y dar protagonismo político a lo local, a las comunidades eco-tecno-rurales o a las ciudades de tamaño medio, o al urbanismo de los quince minutos, con lo que se aboga por la fragmentación y desaparición de las multinacionales que son producto de la globalización neoliberal y que, además, son un nicho de cultivo de soluciones antidemocráticas.

Salvaguardar la democracia va a requerir “empoderar” a las comunidades y a los barrios y hacerlas conscientes del metabolismo humanidad-naturaleza al hilo de una nueva conciencia biofílica. Si Ferrajoli optaba por el constitucionalismo global, Rifkin nos lleva al otro lado de la arquitectura política y, también, frente al Estado y la democracia representativa, vuelve a una suerte de democracia radical roussoniana. Como ya

vamos viendo, en esta compleja cuestión, la articulación política necesita de esquemas multiniveles y el federalismo aparece como el gozne necesario para vincular ecorregiones. Frente a la democracia ateniense, se puede rescatar otro relato fundacional y ese sería el de la federación de tribus iroquesas que tanto influyó en los padres fundadores de la revolución americana. Sus métodos de deliberación, largos y continuados hasta lograr consensos, para que no hubiera heridas abiertas en la comunidad, recuerda a la voluntad general roussoniana y a su pretendido carácter cohesionador frente a la tiranía de las mayorías. La ecopolítica práctica y necesaria iría más allá de la tecnocracia y se identificaría con la comunidad real, no imaginada, de los seres humanos que tienen que generar vida buena y prosperidad, que no crecimiento en condiciones de necesidad. Rifkin nos invita a entrar en *La era de la resiliencia*, no obstante, podemos criticarla por su halo utopista y planificador que nos recuerda hasta al viejo Platón.

El segundo libro tiene el provocativo título de *Otro fin del mundo es posible* y es producto de tres autores, Sevigne, Stevens y Chapelle, ya considerados “colapsólogos”, en el sentido de la ciencia de los escenarios posibles al hilo, por ejemplo, del aumento de la temperatura global y que en el subtítulo plantean el meollo de la cuestión: “cómo vivir el colapso de la civilización termoindustrial de forma inteligente”. Para ello también necesitamos romper con las inercias intelectuales, económicas y sociales y prepararnos para el golpe. ¿Por qué una conclusión tan drástica? En contraste con Rifkin no creen que el poder corporativo, militar o político ejercido por las élites soberbias nos dejen otro camino que aceptar que la globalización, y sus flamantes cadenas de suministros propulsadas por el petróleo o el gas, vayan desarticulándose y fragmentándose al tiempo que se desata el infierno climático. Tendremos que aprender a vivir con ello, y frente al individualismo triunfante, el tejer vínculos, el construir comunidades de gestión de la vida cotidiana y de planificación del futuro inmediato, va a ser decisivo. Con lo cual, rozando la impoliticidad, nos encontramos con una terapia de aceptación de lo inevitable, pero que tras pasar el duelo, nos abre una perspectiva inédita:

“El relato del colapso, no obstante, conlleva un riesgo capital: el de allanar el futuro, es decir, disminuir nuestras capacidades para actuar, arruinando nuestra vida presente. Paradójicamente, de nuevo, hay que verlo emerger como una posibilidad de hacer emerger otros mundos y de inventarnos otros futuros”.¹⁵

Al final, del lado de los optimistas, al hilo de cierta confianza ecotecnocrática, tendremos transiciones, con sus tensiones y sus oportunidades más o menos democráticas, y del lado de los pesimistas, sucesio-

¹⁵ Sevigne, Stevens y Chapelle, *Otro fin del mundo es posible*, 23.

nes de microcolapsos. Necesitamos estar y actuar juntos, en todo caso, y refundar comunidades cercanas, reales, más allá de las imaginadas que fundaron los estados nacionales. Lo curioso, frente al duelo, es que las emergencias y las formas de enfrentarlas, con la cuestión de si hay o no tiempo para responder democráticamente, se percibe la apuesta por una alegría de reencontrar algo que dé sentido a nuestras frágiles vidas frente a la alienación de la sociedad de consumo y las realidades virtuales. Vivir peligrosamente es preferible a vivir adocenado y sometido. Solnit lo descubre en su investigación y esa suerte de alegría política sostiene, aun en la oscuridad, la esperanza.

A modo de conclusión

Junto a la emergencia climática y la escasez energética, la disrupción tecnológica en curso, sobre todo en el mundo del trabajo, está acelerando la aparición de escenarios inéditos que también exigen enormes transformaciones económicas y sociales. No obstante, lo curioso es que el viejo lenguaje de la revolución ya casi sólo queda para nombrar los avances tecnológicos o para usos metafóricos. El horizonte de la utopía social que fue el marco de la política del siglo XX, y que se concentraba en el dilema reforma o revolución que enunció Rosa Luxemburg, se ha apagado. El dilema entre una transición razonable o un colapso aterrador es el que se nos impone. La filosofía política estándar da cuenta de la degeneración de la democracia en su forma representativa y señala sus múltiples males, pero sigue siendo muy minoritaria la preocupación por cualificar democratizaciones en los planos locales, transnacionales y globales que dialoguen con el papel garantista del Estado teniendo a la vista la exigencia de las transiciones por venir. Las transformaciones, decididas democráticamente u obligadas por los poderes fácticos, serán inevitables y destacan el carácter ejecutivo, e incluso planificador, de la política, su deber de anticipar. De hecho, la gestión y la administración de los bienes comunes y de los servicios públicos, y su posible democratización se revelan cruciales, así como un retorno no a una comunidad tradicional, sino a una comunidad política que dé sostén a la cooperación para enfrentar la adversidad y fundar la resiliencia. No habrá democracia sin ecorresiliencia.

Neoaristotélicos y neohegelianos – voy a utilizar el ejemplo de Charles Taylor o de Michael Sandel – han colaborado para revitalizar versiones de comunitarismo democráticos al hilo de la realidad de las instituciones modernas del Estado y la sociedad civil, pero quizás necesitemos algo más que comunidades nacionales que, por otra parte, tienen tendencia al cierre particularista y que son capturadas con facilidad en el esquema ami-

go-enemigo. El federalismo de eco-comunidades políticas democráticas, como horizonte, preservaría los logros éticos de la modernidad, incluso yendo más allá, para completarla al modo de Habermas y Rawls, en el sentido de la democracia radical y de los principios, contextualizados, de la justicia, pero la articulación política debería desembarazarse, conscientemente, de arquitecturas institucionales que frenan la cooperación y que son decididamente regresivas. No sólo en el terreno político o social, sino también en el económico. La economía política debe volver como núcleo duro que atiende al metabolismo humanidad-naturaleza. Del lado del realismo, volvemos a topar con el Leviatán corporativo, capaz de poner a su servicio a la clase política, y con el monstruo del autoritarismo que ve en el Estado la estructura perfecta para encarnar su poder. Ambos nos precipitan en un callejón sin salida.

¿Habrà lugar para la esperanza? Serà difícil sin masivos movimientos sociales que propicien la transición a un mundo nuevo en el que se pueda respirar y vivir con dignidad. Debemos acompañar reflexivamente esa exploración desde una filosofía política práctica y ecosocial para responder a la pregunta de Bruno Latour de dónde aterrizar en el Antropoceno.

Bibliografía

- Applebaum, Anne. *El ocaso de la democracia. La seducción del autoritarismo*. Debate, 2021.
- Arendt, Hannah. *La promesa de la política*. Barcelona: Paidós, 2008.
- Campillo, Antonio. "La pandemia. Un episodio del Antropoceno." *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global* 154 (2021): 23-31.
- Beck, Ulrich. *La sociedad del riesgo global*. Madrid: S. XXI, 2002.
- Chamayou, Grégoire. *La sociedad ingobernable. Una genealogía del liberalismo autoritario*. Tres Cantos: Akal, 2022.
- Dion, Cyril & Mélanie Laurent. *Mañana*. Documental Move Movie, France 2 Cinéma, Mars Films, Mely Production. France: 2015.
- Federici, Silvia. *Caliban y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid: Traficantes de sueños, 2015.
- Fraser, Nancy. *Escalas de la justicia*. Barcelona: Herder, 2008.
- Ferrajoli, Luigi. *Por una constitución de la tierra*. Madrid: Trotta, 2022.
- Gorz, André. *El hilo conductor de la ecología*. Vilassar de Dalt: Icaria, 2019.
- Guerra Palmero, María Josè. *Breve introducción a la ética ecológica*. Madrid: Antonio Machado Libros, 2001.
- Krznicaric, Roman. *El buen antepasado*. Madrid: Capitán Swing, 2022.
- Lafont, Cristina. *Democracia sin atajos. Una concepción participativa de la democracia deliberativa*. Madrid: Trotta, 2021.

- Latour, Bruno. *Dónde aterrizar*. Barcelona: Taurus, 2019.
- Mattei, Ugo. *Bienes comunes. Un manifiesto*. Madrid: Trotta, 2013.
- Mbembe, Achille. *Necropolítica*. Santa Úrsula: Melusina, 2011.
- Moyano, Cristian. *Ética del Rewilding*. Madrid, Plaza y Valdés. 2022.
- Ostrom, Elinor. *Governing the Commons*. Cambridge: Cambridge University Press, 1990. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511807763>
- Pogge, Thomas. *Hacer justicia a la humanidad*. México: Universidad nacional autónoma de México/Comisión nacional de derechos humanos/Fondo de Cultura Económica, 2009.
- Puleo, Alicia. *Ecofeminismo para otro mundo posible*. Madrid: Cátedra, 2012.
- Riechman, Jorge. *Simbioética. Homo sapiens en el entramado de la vida*. Madrid: Plaza y Valdés, 2022.
- Rifkin, Jeremy. *La era de la resiliencia. Reimaginar la existencia, resilverstrar la tierra*. Tres Cantos: Akal, 2022
- Sánchez Muñoz, Cristina. *Hannah Arendt: estar (políticamente) en el mundo*. Shackelton, 2019.
- Sassen, Saskia. *Una sociología de la globalización*. Buenos Aires: Katz, 2010.
- Sassen, Saskia. *Expulsiones. Brutalidad y complejidad en la economía global*. Buenos Aires: Katz, 2015.
- Sennet, Richard. *Juntos. Rituales, placeres y política de cooperación*. Barcelona: Anagrama, 2012.
- Sennet, Richard. *Construir y habitar. Ética para la ciudad*. Barcelona: Anagrama, 2019.
- Servigne, Pablo, Stevens, Raphaël y Gauthier Chappelle. *Otro fin del mundo es posible. De la colapsología a la colapsofilosofía: cómo vivir el colapso de la civilización termoindustrial de forma inteligente*. Barcelona: Arpa, 2018.
- Shiva, Vandana. *¿Quién alimenta realmente el mundo? El fracaso de la agricultura industrial y la promesa de la agroecología*. Madrid: Capitán Swing, 2017.
- Solnit, Rebecca. *Esperanza en la oscuridad. La historia jamás contada del poder de la gente*. Madrid: Capitan Swing, 2017.
- Solnit, Rebecca. *Un paraíso en el infierno. Las extraordinarias comunidades que surgen en el desastre*. Madrid: Capitán Swing, 2020.
- Tafalla, Marta. *Filosofía ante la crisis ecológica*. Madrid: Plaza y Valdés, 2022.
- Temelkuran, Ece. *Juntos. Un manifiesto contra el mundo sin corazón*. Barcelona: Anagrama, 2022.
- Velayos Castelo, Carmen. *Ética y cambio climático*. Bilbao: Descleé de Brouwer, 2008.
- Valdivielso Navarro, Joaquín, ed. *Democracia en estado de alarma. Sujetos emergentes y esfera pública*. Madrid: Plaza y Valdés, 2022.

Young, Iris Marion. *Desafíos globales*. CABA: Prometeo, 2017.

Wright, Erik Olin. *Construyendo utopías reales*. Tres Cantos: Akal, 2014.